

EL MODERNISMO EN LA TEOLOGÍA

POR

JOSÉ ANTONIO ULLATE

El modernismo en Teología, el modernismo teológico, es una de las variantes, la más representativa sin duda, de las expresiones de la herejía modernista, señaladas por San Pío X en la encíclica *Pascendi Dominici Gregis*, cuyo centenario estamos celebrando con esta jornada de reflexión en común.

San Pío X realizó un admirable trabajo de síntesis, agrupando y reduciendo a unidad lo que en las obras de los autores modernistas resultaba un conjunto heterogéneo de afirmaciones erróneas. El Santo Padre logró hallar el principio de esta unidad no en los mismos errores, que de suyo tienden a multiplicarse y a volverse irreconciliables entre sí, sino en la raíz común de estos errores, en el agnosticismo y en el inmanentismo (errores más filosóficos que teológicos, o si se quiere teológicos por afectar al fundamento filosófico de la sana Teología). Una vez realizado este trabajo de remontarse a las causas, San Pío X pudo presentar el devastador panorama de los errores modernistas en lo relativo a la fe con la suficiente unidad que permitió bautizar al fenómeno con un solo apelativo, para mejor defenderse de él.

Estamos pues ante un conjunto de errores fontales y de desarrollos de esos errores, relativos todos al objeto material de la Teología católica.

La Teología es la ciencia de Dios y de las cosas divinas, y como tal ciencia es un conocimiento cierto por causas, ordenado y conexo. El objeto primario de esta ciencia es Dios; y el resto de las cosas, en cuanto hechas o queridas por Dios, constituyen el objeto secundario de la Teología.

La Teología puede afrontarse desde diferentes perspectivas. La Teología puede ser natural o sobrenatural. Mientras que la natural o Teodicea deduce sus conocimientos acerca de Dios por razonamientos y demostraciones en cuanto su objeto es cognoscible por la sola razón natural, la Teología sobrenatural —o Teología *simpliciter*, en sentido estricto— obtiene sus conocimientos de los principios de la fe conocidos por la Revelación divina y alcanza su objeto en cuanto que es cognoscible por la misma Revelación divina.

Dado que el así llamado modernismo teológico versa sobre los mismos objetos materiales y guarda una aparente analogía en cuanto a los objetos formales de la Teología, ya sea natural o ya sea en sentido estricto, podría parecer por tanto que, al lado de una Teología clásica sería factible colocar una Teología moderna, nueva o modernista. A esto nos induce el uso de las palabras, pues si denominamos “Teología modernista” a las reflexiones que nos ocupan, o si sencillamente añadimos el calificativo de “teológico” al modernismo, imperceptiblemente estamos asignando un estatuto de conocimiento científico sobre Dios a lo que ciertamente no es sino un conjunto de desvaríos que, eso sí, tienen el mismo objeto material que la auténtica Teología. Es conveniente, pues, disipar el equívoco. Propiamente hablando, no hay *teología* en los modernistas, ni el modernismo puede denominarse teológico sino meramente en un sentido material.

Antes hemos hablado del agnosticismo y del inmanentismo naturalista y los hemos denominado errores filosóficos de los modernistas, errores que irremediablemente lastran y deforman su reflexión sobre Dios. No nos corresponde aquí adentrarnos directamente en la naturaleza de estos fallos, pues el profesor Gamba los desentrañará con la maestría que le caracteriza. Pero como aunque distintos, los campos de la filosofía y de la Teología, no son separables, y como los fallos en la sierva tienen fatales consecuencias para la señora, será inevitable hacer alguna mención indirecta a la cuestión filosófica en los modernistas. El tercer gran pilar filosófico de este amenazante edificio puede señalarse en el evolucionismo de las sustancias.

Estamos, pues, ante un completo abandono de los fundamentos filosóficos de la Teología clásica. Con estas nuevas premisas es

imposible razonar sobre Dios y sus criaturas dentro del mismo espíritu con que lo hace la Iglesia.

Esta previa deserción filosófica no supone solamente un drama de la razón natural. El ser humano es uno, no es fragmentable. La misma cabeza que filosofa según las luces de la razón es la que medita los misterios de la religión. La apostasía filosófica de los modernistas es un drama religioso en sí mismo, no sólo en sus consecuencias. Cuando contemplamos el desdeñoso distanciamiento que los modernistas toman respecto de la filosofía realista tradicional, estamos ya ante el grave dato que no nos abandona nunca en el estudio del modernismo: el desprecio a la autoridad de la Iglesia, pues, en este caso, en lo que toca a los estudios filosóficos, ha imperado que se siga el realismo filosófico, en especial bajo la guía del ángel de las escuelas.

El contexto histórico de los siglos que precedieron a la eclosión modernista se había configurado en gran medida sobre una falacia, la de que se podía hacer correcta Teología prescindiendo de la filosofía tradicional.

Las consecuencias de este independentismo filosófico son, además, funestas. El agnosticismo kantiano se difundió como un tsunami entre las inteligencias –también entre las católicas– durante todo el siglo XIX. Muchos, que por lo demás eran admirables pensadores católicos, no supieron impedir que sus reflexiones teológicas se vieran salpicadas por ese corrosivo escepticismo kantiano, y muchas teorías del conocimiento de aquella época se resienten –incluso a pesar de criticarlo duramente– del influjo kantiano frente a la vigorosa sencillez de la abstracción aristotélico-tomista. Piénsese, si no, sólo en nuestras tierras en un Zeferino González o en un Jaime Balmes.

Decía el padre Santiago Ramírez O.P. que lo propio de las desviaciones doctrinales en materia religiosa en estos tiempos modernos es “el ser fundamentales y de una cierta universalidad”. “En otras épocas el error se circunscribía a uno u otro dogma, por ejemplo, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la existencia del pecado original, sobre la Presencia real de Cristo en el Sacramento del Altar... Pero en nuestros tiempos el error suele ser mucho más profundo y polifacético”, decía el sabio dominico.

San Pío X calificó al modernismo de compendio de todos los herejes, “*omnium haereseon collectum*” (*Pascendi*) y Ramírez explica que el modernismo “invadió toda la religión cristiana, sometién-dola a una transformación radical, según las leyes de la evolución vital, que consiste en puro cambio. Fuera todo intelectualismo, por-que el intelecto es radicalmente incapaz de percibir la realidad como es en sí. En su lugar hay que poner el agnosticismo total. La única vía de acceso a la verdad es la vida y el sentido de la misma en su fluir continuo, pero sin salirse nunca de ella, por ser esencial-mente inmanente. La revelación, la fe, los dogmas todos no son más que vivencias más o menos conscientes y transfiguradas de nuestra experiencia religiosa. Las fórmulas llamadas dogmáticas carecen de todo valor y de toda verdad absoluta: son meros símbolos o imáge-nes de los objetos de nuestra fe, creados por el sentido religioso y completamente relativos a él, a manera de intérpretes y de vehícu-los suyos. Son esencialmente provisionales y de un valor puramen-te relativo. No existe ni puede existir una verdad absoluta. Todo es puro cambio, como la vida misma. Por eso cambia eso que llama-mos verdad, a tenor de la vida. La religión cristiana con todos sus dogmas y creencias no puede vivir más que en nuestra vida y con-forme a ella, es decir, en pura inmanencia, mero cambio y continua evolución transformante”.

Ahora comprendemos bien por qué los modernistas necesita-ban una “teología nueva”, por qué se sentían asfixiados dentro del corsé de la teología clásica. Este nombre de “Teología nueva” lo crea también el mismo San Pío X en la encíclica *Pascendi* sintetizando las temerarias aspiraciones de los novadores.

El modernista, pues, necesita una nueva Teología, pero la nece-sita por oposición a la vieja. En ese sentido, podemos hablar de Teología nueva o teología modernista, porque se trata de romper las ataduras metodológicas que impone la verdadera teología católica para crear un armazón doctrinal totalmente nuevo.

Toda ciencia comienza por sus primeros principios, es decir, verdades *per se notae* que no se pueden cuestionar desde el interior de la ciencia misma. En Teología católica, esos principios los consti-tuyen los artículos de la fe (S. Tomás, *In I Sent*, prolog. a.3 q.2 solut. II) y la doctrina revelada por Dios sobrenatural y pública-mente.

Dice el Padre Nicolau que “no es auténtico teólogo quien no tuviera la fe, ni es verdadera teología la de los herejes”, pues en Teología no se procede sólo mediante la razón, sino también mediante la fe, de la que no puede carecer quien aspire a hacer Teología.

Protestará el modernista diciendo que él tiene fe, pero nuestra fe –la católica– es muy particular: es una virtud sobrenatural, por la que, inspirados y ayudados por la gracia de Dios, creemos ser verdad lo que Dios ha revelado, **NO PORQUE CON LA LUZ DE LA RAZÓN DESCUBRAMOS LA INTRÍNSECA EVIDENCIA DE LA VERDAD DE ESTAS COSAS**, sino que las creemos por la autoridad de Dios que las ha revelado y no puede ni engañarse ni engañarnos. Como diría S.S. León XIII, no basta con creer en Jesucristo (como dicen los modernistas), sino que hay que creer como Dios quiere que creamos.

La fe de los modernistas es una creación inmanente de la propia experiencia religiosa. En términos de un moderno propugnador de esta herejía, es tan solo una correspondencia entre el corazón y la presencia o el acontecimiento de Dios.

Es decir, cuando los modernistas hablan de fe, hablan confusamente pero de una realidad, de un conocimiento, que no puede trascender el orden natural. Es nuestro sentido religioso el que “reconoce” a Dios. Por tanto, supuestamente, el modernista cree por haber descubierto la intrínseca evidencia de la verdad de Dios, excluyéndose de la fe católica y por ello de la verdadera labor teológica. A mi entender no se ha puesto el suficiente énfasis sobre este punto, que en la práctica ha desarmado a no pocos católicos de buena intención en su confrontación con los modernistas de toda hora. No debemos discutir sobre palabras, sino sobre la *res signifi-* *cata* por esas palabras. El modernista suplanta *todas* las palabras católicas. Pero las vacía de contenido y, sobre todo, reduce al orden natural todo lo que en doctrina católica pertenece al sobrenatural. No por ello el modernista se detendrá a la hora de reivindicar su *status* de teólogo.

A propósito del naturalismo sensualista de los modernistas, que recurren a las experiencias internas para dar inepto testimonio de

las verdades de fe, el Padre Ramón Ruiz Amado, de la Compañía de Jesús, decía irónicamente que

“los maestros de la vida ascética, hartos más versados que los modernistas en achaque de internas experiencias, en ninguna cosa ponen más duda que en estas internas mociones sentimentales, inspirando *suma desconfianza* en ellas, como quien sabe cuán difícil sea discernir los verdaderos sentimientos religiosos y sobrenaturales de las *ilusiones* o *embobamientos* producidos por la imaginación exaltada, y aun por la debilidad de cabeza”.

Y concluía el buen jesuita, desarbolando el principal pilar de la apologética modernista:

“Fue perpetua y universal sentencia de los maestros de la vida espiritual que nunca se han de tomar estas experiencias internas como criterio de las creencias, ni aun como criterio primario de las resoluciones prácticas; sino ante todo se han de contrastar con en la piedra de toque del dogma revelado y profesado por la Autoridad doctrinal instituida por Dios visiblemente, y sólo en cuanto se conforman con esas reglas ciertas pueden ser considerados como sentimientos religiosos” (*El modernismo religioso. Segunda serie de conferencias sobre los peligros de la fe*. Madrid, 1908).

La producción de los modernistas llamados teólogos es materialmente coextensiva con la de los auténticos teólogos católicos, es decir, abordan los mismos temas. Precisamente por eso es imposible recoger aquí un elenco de los “lugares teológicos” del modernismo, pues por un lado, como queda dicho, basta con recorrer los distintos epígrafes de cualquiera de las obras de Teología católica y al exponer cada verdad católica, detrás de la exposición de escuela católica a la que pertenece el autor que refleja la doctrina cristiana, se suelen encontrar los correspondientes epígrafes titulados “adversarii”, *adversarios*, *negadores*. En estos epígrafes se recogen sintéticamente las variopintas herejías que respecto a esa verdad particular se han ido profiriendo a lo largo de la Historia de la Iglesia. Pero, por otro lado, como sólo hay una forma de esculpir el Moisés de Miguel Ángel mientras que hay infinitas formas de destruirlo, y además los modernistas son un insaciable receptáculo de herejías, la cantidad de distorsiones de la verdad que jalonan estos cien años de modernismo es agotadora.

Conviene sin embargo señalar que además de dar cabida a todo error (lo contrario sería un fijismo intelectualista contrario a la vida: la verdad cambia, como cambia la vida), la producción llamada teológica de los modernistas se caracteriza por echar mano de recursos poéticos, y de expresiones vagas y frecuentemente ambiguas. Este recurso formal logra que esos textos transmitan la idea de la fluidez doctrinal, de la no rigidez, y al mismo tiempo, aunque el lector infaliblemente las reciba en un sentido inequívocamente herético, esos textos suelen poder admitir una interpretación más o menos ortodoxa, previo retorcimiento del sentido más evidente.

En síntesis: el movimiento “teológico” modernista parte de un desprecio de la sana filosofía recomendada por la Iglesia católica como base para los estudios teológicos; da primacía metodológica a la experiencia íntima, con lo que reduce la fe sobrenatural a experiencia natural; aunque hace continuas protestas de obediencia reclama una errónea libertad de investigación que en la práctica significa la renuncia a la *regula proxima fidei*, a la Autoridad de la Iglesia; conserva todos los lugares teológicos —lo que induce a error— pero con un significado antitético de lo sobrenatural.

Por último puede ser interesante hacer una reflexión sobre los aspectos existenciales de la prevaricación modernista. Aunque no se puede generalizar ni en un sentido ni en otro, no parece muy probable que la mayor parte de los protagonistas de este naufragio espiritual —casi todos clérigos— que supuso el modernismo hubieran comenzado su vida religiosa con ese escepticismo en su alma. Sabemos que el don de la fe que recibimos en el bautismo es una virtud, no sólo una doctrina creída. Es decir, tiene *virtus*, fuerza y dinamismo propios. Es cierto que hay que cooperar con la fe, pero lo interesante es que la fe no se pierde sin un desfallecimiento moral previo, puesto que esta *virtus*, instalada en el alma, no deserta de ella. La única forma de perder la fe es maltratarla. Por eso se dice con razón que todo el que pierde la fe lo hace por culpa suya.

Se dice que Loisy perdió la fe ya en el Seminario pero, en general, de los demás corifeos modernistas no se puede decir que esa catástrofe sucedió tan temprano. De modo que tenemos un conjunto de hombres, nacidos en su mayoría en el seno de familias cristianas, poseedores de inquietudes religiosas serias, que en un momen-

to dado, pierden la fe, aun queriendo a todo trance reivindicar lo contrario.

El ilustre dom Mabillon, cuando se hallaba en el lecho de la muerte, continuaba amonestando a sus discípulos: “Sed veraces en todo. Que vuestra sinceridad llegue hasta el escrúpulo. Mereceréis ser fieles en las ocasiones importantes, si lo habéis sido en las que lo parecen menos. El amor a la verdad es una gran gracia: se obtiene con los gemidos de la plegaria”. El erudito monje señalaba en sus momentos postreros, la raíz del asunto que tratamos. “El amor a la verdad es un gran gracia: se obtiene con los gemidos de la plegaria”, o lo que es lo mismo: no nos engañemos con un naturalismo inicial que nos haga pensar que, haciendo abstracción de nuestra condición caída, nosotros nos mantendremos siempre en el amor a la verdad. El desorden de las pasiones hace que, como decía Santa Teresa, encontremos sin dificultad mil formas de engañarnos y más en terreno espiritual. Así las cosas, aunque apetecemos de forma natural la verdad, hemos de darnos cuenta de que ese apetito no se debe confundir con el amor a la verdad. El apetito de la verdad hace que cuando nos engañemos o cuando erramos, lo hagamos siempre *sub specie veri*, bajo la apariencia de la verdad. Pero el amor a la verdad es otra cosa: es una constancia en la sumisión a la verdad, que llega hasta la sumisión a la autoridad de la Iglesia. El apetito de la verdad es natural y engendra que las multiformes opiniones de los hombres se defiendan como si de verdades se tratase, mientras que el amor a la verdad “se obtiene con los gemidos de la plegaria”.

El apóstol de las gentes (*II Tes*, 2, 11) revelaba que “la venida del impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos y todo tipo de maldades que seducirán *a los se han de condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado*”. El apetito de la verdad, natural, será seducido con “milagros, señales, prodigios engañosos y todo tipo de maldades”, y eso por no “haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado”. Continúa San Pablo sus terribles palabras: “Por eso Dios les envía un poder seductor que *les hace creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad* y prefirieron la iniquidad”. Que somos débiles y nos engañamos fácilmente, tomando la mentira por verdad, lo sabemos sin

necesidad de la Revelación, pero lo que nos recuerda San Pablo es que sin la verdad no podremos salvarnos y estando así las cosas hace falta implorar el amor a la verdad y no confiar solamente en nuestro apetito natural de la verdad.

San Cipriano, reflexionando sobre las defecciones de algunos cristianos durante las persecuciones, se preguntaba por el por qué de estas claudicaciones. Desechaba la explicación fácil de quienes decían que estos cristianos “traditores” en realidad lo habían sido siempre sin convicción y superficialmente, antes aún de las persecuciones. Más agudamente el santo africano diagnosticaba que no era así, sino que aun siendo cristianos, los claudicantes habían pensado temerariamente que serían capaces de resistir las amenazas, por lo que no pidieron insistentemente la ayuda del Señor y no castigaron sus cuerpos con mortificaciones, y del mismo modo no huyeron de las ocasiones de tentación. Es decir, que confiaron en ellos mismos. Sin embargo, los cristianos que resistieron durante la represión fueron precisamente aquellos que desde el principio habían desconfiado de sí mismos y le habían rogado con insistencia al Señor que les “pusiera ante la tentación” y movidos por la misma desconfianza hacia sí propios habían domado sus cuerpos y sus voluntades con ayunos y penitencia para hacerlos sumisos a la voz de Dios.

Nosotros, los modernos, propendemos a hacer abstracción de la condición existencial en la que tenemos que actuar nuestra salvación y por eso tenemos una excesiva confianza en la naturaleza, que se traduce en una excesiva confianza en nosotros mismos. No sólo los impíos, sino los cristianos confiamos excesivamente en nuestra voluntad y en nuestra inteligencia. De este modo tomamos como guía en la búsqueda de la verdad al apetito natural y pensamos que porque “somos cristianos” e intentamos llevar una vida decente, todo lo demás se nos dará por añadidura. Don Mabillon nos recuerda que “El amor a la verdad es un gran gracia y se obtiene con los gemidos de la plegaria”.

Quiera Dios que permanezcamos siempre fieles en la plegaria para evitar que seamos engañados por “el poder seductor que hace creer en la mentira”.